



A D. Angel, Profesor
de Historia..... y de todo.
M. Armijo
78

ADIÓS A NUESTRO VIEJO MAESTRO

Desde muy temprano, y tras un cordial saludo y un breve y ameno comentario con el personal de Secretaría, esperaba nuestro querido maestro en el Seminario de Historia la llegada del profesorado.

—¡Buenos días, don Ángel!

—¡Buenos días, niño! ¿Novedades?

Estas solían ser nuestras primeras palabras.

Por las tardes, con la habitación casi en penumbra —quizá porque los hombres que tienen una clara visión de la vida no necesitan de más luz—, se le podía ver preparando sus explicaciones del día siguiente o corrigiendo exámenes. Era ya algo consustancial con la Escuela aquella «celda tibetana» —como él la llamaba— con su puerta de par en par, dispuesta a acoger a cuantos compañeros y alumnos desearan entrar. Verdaderas tertulias se formaban en aquel despacho de mobiliario añejo, que el Profesor Martín Moreno preservó de cualquier nuevo elemento decorativo e incluso de todo material de corte moderno que pudiera romper en algo su casticismo. Tertulias que, adobadas por el gracejo de sus agudos comentarios y por su sonrisa constante, no dejaban de ser auténticas lecciones ocasionales en las que todos aprendíamos algo nuevo, algo útil en lo referente a nuestra formación profesional, humanística y social.

Don Angel era para los profesores del Seminario más que un jefe, un compañero y un amigo; un padre, me atrevería a decir. No había preocupación o inquietud en sus colaboradores que él no intentara resolver o remediar: desde la ayuda económica a la hora de montar un hogar, hasta la presencia en nuestras casas con el nacimiento de un hijo, en la fiesta onomástica o en una enfermedad.

Era tal el afecto que al «maestro» se le profesaba que no era extraña la visita periódica de algunos antiguos profesores —ya trabajando fuera de la Escuela como catedráticos, gracias, en parte, a su aliento y empuje— que pasaban a tomar café, a charlar un rato, a consultarle problemas, a pedirle consejo o a preocuparse por su salud. También se dejaban ver viejos compañeros suyos —como el caso del también desaparecido Don Rufino García Otero— comentando con él antiguas correrías o anécdotas pasadas. Corriente era también en el despacho la presencia de alumnos, estamento al que con cariño siempre se entregó, no faltando los antiguos alumnos que, al ir a resolver problemas administrativos, siempre encontraban un hueco para visitar a su profesor y contarle sus derroteros.

Todo lo que se respiraba en aquel pequeño despacho era amabilidad y afecto; y también alegría y juventud, encabezadas por aquel viejo de sesenta y cuatro años de cabello albo, cuyo gracejo superaba a los del más joven de sus colaboradores.

—¿Tiene usted clase hoy, don Angel?

—¡Niño, yo tengo clase desde que nací, desde que salí del claustro... materno.

Y no se equivocaba con estas presuntuosas palabras, según podemos atestiguar cuantos le conocimos y tuvimos la suerte de ser educados por él y más tarde trabajar bajo su dirección.

¡Cuánto sacrificio hubo de poner en sus últimos días de clase! Me siento cansado, solía repetir últimamente. ¡Cómo no iba a sentirse cansado teniendo su fin tan cercano! Ya desde principios del año pasado no se encontraba bien, hasta el punto de dejarse convencer de hacerse un reconocimiento médico completo. Su tensión era alta, aunque los electrocardiogramas no detectaban nada anormal para su edad. Unas pastillas diarias y todo se solucionaría. No dejó, según nos decía, de seguir el tratamiento un sólo día, si bien parte de él —dejar o limitar el tabaco— no pudo llevarlo a cabo.

En el cajón de su mesa siempre tenía depositados el mechero y el tabaco a disposición de quien quisiera compartir un «pito», hábito al que últimamente renunciaba por unas horas. ¡Niños, no «darme» ni un cigarrillo; desde hoy lo dejo! Pasajero propósito en un hombre de su talante inquieto y nervioso.

Profundo y auténtico cristiano, aunque él velase a veces este aspecto, molesto —como muchas personas de su edad— con el giro de la Iglesia desde el último concilio No se me puede borrar aquella visita que con él hicimos algunos profesores al Palmar de Troya. Era un día frío y ventoso. Don Ángel parecía un

profeta con su blanca cabellera alborotada por la fuerte brisa. Jamás olvidaré la inquietud con que regresó de la breve gira, a pesar de la gracia de sus comentarios.

Ya en el lecho de muerte, un día antes del fatal desenlace, le dijimos:

—Don Ángel, sus alumnos de Humanas, que preparan el viaje fin de carrera, lo buscan para entregarle un bolígrafo grabado con sus apellidos.

—Recogedlo vosotros, por favor, que yo más adelante os lo abonaré.

No dio tiempo. Al día siguiente, el catedrático de Historia, Dr. D. Ángel Martín Moreno, no necesitaba de ese instrumento de escritura, pues con pluma de amor y paz se escribía una relación de sus buenas obras en su instancia de admisión en la Casa de Dios.

Descanse en paz ese «viejo» —como él gustaba de llamarse— de nariz judía y paso ágil, al que ni compañeros ni alumnos podremos olvidar. Descanse en paz nuestro querido «maestro», al que dedicamos este breve escrito en señal de afecto y gratitud.

VICENTE FOMBUENA FILPO

